

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: ALFRED DE MUSSET

POR

ESTANISLAO CANTERO

Alfred de Musset (1810-1857), nació en París en una familia burguesa de lejano origen aristocrático y su infancia y adolescencia transcurrieron entre el bienestar que un padre bien situado proporcionó hasta su muerte, acaecida en abril de 1832, a consecuencia del cólera que diezmo la capital de Francia. Sus padres eran de convicciones proclives a los principios de la Revolución. Su padre, Victor Donatien, bonapartista, liberal, contrario a la Restauración, fue destituido de su puesto en el Ministerio del Interior en 1818 y repuesto en el de la Guerra en 1828 (1). Discípulo de Rousseau –del que publicó una biografía y la historia de sus obras (2), así como sus obras completas–, le permitió leer, desde niño, todo tipo de libros de su biblioteca y no le envió a un colegio religioso. Las primeras lecturas de Alfred de Musset, muchas de ellas libertinas, fueron muy perniciosas para su formación (3). Educado principalmente por una madre –Edme-Claudine Guyot-Desherbiers– de carácter débil que seguía las ideas de Rousseau, creció, como advirtió Odoul, en una excesiva libertad en la que fracasó la educación del carácter, siendo toda su

(1) Frank LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, Flammarion, París, 1999, págs. 25 y 34.

(2) V. D. MUSSET-PATHAY, *Histoire de la vie et des ouvrages de J. J. Rousseau*, 2 tomos, París, 1821.

(3) Pierre ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset. Étude psychanalytique de l'oeuvre et de la vie d'Alfred de Musset*, La Pensée Universelle, París, 1976, págs. 98 y 72.

vida un niño mimado (4), rasgo, este último, resaltado por Faguet (5) y, quizá influidos por él, por muchos otros (6). Entre los aspectos de su personalidad se ha destacado la pereza —este defecto, quizá injustamente (7)—, el egoísmo y el hedonismo, el masoquismo y el compadecerse de sí mismo (8).

Aunque hizo la primera Comunión en 1824, presumiblemente con auténtica fe y devoción, pues fue preparado por el severo e íntegrosacerdote Gerbet (9), este colegial brillante, poco después, al terminar sus estudios en el liceo, “no creía en nada” (10). En opinión de Gastinel, “ni en sus primeras poesías ni en su correspondencia de juventud se encuentra alguna alusión que permita encontrar la menor creencia” (11).

Comenzó los estudios de derecho y, poco después, los de medicina que, al igual que los anteriores, abandonó inmediatamente, así como los de dibujo y pintura que les siguieron (12), y se dedicó a la literatura, en la que llegó a ser considerado, aunque con múltiples voces discordantes, un gran poeta y excelente autor dramático, faceta esta última revalorizada con el paso del tiempo (13)

(4) P. ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset...*, ed. cit., págs. 70, 94 y 95.

(5) Émile FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Etudes littéraires*, Boivin et Cie., París, s.f. (el prólogo es de 1887), pág. 259.

(6) Así, por ejemplo, Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, Librairie Hachette, París, s.d. (pero 17ª ed., 1922, según pág. 1026), pág. 962; René CANAT, *La Littérature Française au XIXe siècle*, Payot et Cie., París, 1921, tomo I (1800-1852), pág. 124; Pierre GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, Librairie Hachette, París, 1933, págs. 8-9, 11 y *passim*; Gérard MILHAUD, «Psychopathologie de Musset», *Europe*, núm. 583-584, noviembre-diciembre 1977 (págs. 5-16), págs. 5-7.

(7) Gilbert GANNE, *Alfred de Musset. Sa jeunesse et la nôtre*, Presses Pocket, París, 1972, págs. 75-87.

(8) Así, p. e., John CHARPENTIER, *Alfred de Musset*, Jules Tallandier, París, 1938, págs. 78, 82, 83 y 87.

(9) Léon SÉCHÉ, *Alfred de Musset*, vol. I, *L'Homme et l'œuvre. Les camarades*, Société du Mercure de France, París, 1907, pág. 332; Maurice ALLEM, *Alfred de Musset*, B. Arthaud, París, 1947, pág. 181.

(10) Arvède BARINE, *Alfred de Musset*, (1893), 11ª ed., Librairie Hachette, París, s.f., pág. 24.

(11) P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 13.

(12) Paul de MUSSET, *Biographie de Alfred de Musset. Sa vie et ses œuvres*, G. Charpentier, 3ª ed., París, 1877, pág. 71.

(13) Jules LEMAITRE, introducción a *Théâtre de Alfred de Musset*, Librairie des

en detrimento de su poesía, hasta el punto que Jeune pudo escribir, en 1970, que “quien proclamó siempre la infinita superioridad del verso sobre la prosa”, “no sobrevive más que por su prosa –es cierto que poética– y por los versos más ligeros: canciones y chanzas” (14); y en 1995, Szwajcer indicaba que Musset es un poeta que hay que volver a descubrir (15).

A punto de cumplir diecinueve años publica *Contes d'Espagne et d'Italie* (1829), una compilación de composiciones poéticas de clara expresión romántica que cabe apreciar, sobre todo, “en la exaltación del individualismo contra la opresión social y en la apología de la pasión” (16). Aunque creyó que la poesía era la máxima expresión literaria, también se dedicó al teatro, especialmente a la comedia, y a la prosa, con novelas, *nouvelles*, cuentos y lo que podríamos llamar ensayos sobre crítica literaria y de arte. Lo esencial de su obra lo compuso en su juventud, pues después de cumplir treinta años escribía con cuenta gotas. Autor muy controvertido durante su vida, también tras su muerte ha sido muy diversamente valorado, como ha mostrado Jeune en el estudio dedicado al aprecio literario que ha recibido su obra.

Su vocación se forjó en contacto con los escritores que frecuentó en los cenáculos de Nodier y de Hugo, en el que había sido introducido por su amigo, Paul Foucher, cuñado de Victor Hugo, donde trabó buena amistad con algunos de los contertulios, como Vigny y Sainte Beuve, aunque sus verdaderos amigos, como advirtió Tieghem, fueron “los jóvenes ricos y elegantes, más ocupados

Bibliophiles, París, 1889, págs. I-XXIV, en especial IV y V; G. LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, ed. cit., pág. 984; M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 237; Philippe SOUPAULT, *Alfred de Musset*, Pierre Seghers Éditeur, París, 1957 («fue un auténtico poeta, el autor dramático francés más grande del siglo XIX y un excelente prosador», pág. 9); Margaret A. REES, *Alfred de Musset*, Twayne Publishers, New York, 1971 («Sus obras dramáticas le sitúan, en solitario, en la cima del teatro romántico», pág. 88); Alain VAILLANT, Jean-Pierre BERTRAND y Philippe RÉGNIER, *Histoire de la Littérature Française du XIXe siècle*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2006, pág. 147.

(14) Simon JEUNE, *Musset et sa fortune littéraire*, Editions DUCROS, Burdeos, 1970, pág. 126.

(15) Bruno SZWAJCKER, *La nohtagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, Librairie Nizet, París, 1995, pág. 146.

(16) P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 55 y 98.

con el placer que con el arte” (17), entre los que destaca Alfred Tattet, “el representante más original de la *jeunesse dorée* en el reinado de Luís Felipe” (18), “que no profesaba más catecismo que el del placer” (19), que murió, unos meses antes que Musset, sin ningún auxilio religioso y fue inhumado, conforme había dispuesto, en un entierro civil.

Admirador, no sólo de la obra, sino también de la vida de Byron, Musset fue un independiente toda su vida, también en el plano literario, y se distanció pronto de los maestros, o más bien, del maestro de entonces, Hugo –sobre el que ironizó en *Mardoche* (1829) (20), y del que se alejó pronto, tanto en lo personal como literariamente (21)–, sin que nunca perteneciera a ninguna escuela literaria y resulte clasificable en ningún grupo (22), y quizá por ello, ha sido discutido si pertenece al romanticismo o al clasicismo (23). Sin embargo, aunque se separara pronto de la línea romántica, satirizando el romanticismo en la primera de las *Lettres de Dupuis et Cotonet* (1836) (24), no erraba Strowski al estimar que fue el que mejor ha encarnado “el tipo del romanticismo sentimental” (25). Al irrumpir en el mundo literario, observó *Nettement*, se propuso llamar la atención de forma escandalosa con su inmoralidad, distinguirse de los demás poetas por su originalidad y romper todas las reglas para destacar que no aceptaba injustas servidumbres (26).

(17) Philippe Van TIEGHEM, *Musset*, Hatier, París, 1944, pág. 16.

(18) Léon SÉCHÉ, *La Jeunesse dorée sous Louis-Philippe. Alfred de Musset. De Musard à la reine Pomaré. La Présidente*, Mercure de France, París, 1910, pág. 5.

(19) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 139.

(20) Alfred de MUSSET, *Mardoche*, en *Œuvres complètes*, Edition Charpentier-L. Hébert, Librairie, París, 1888, tomo I, *Poésies*, I, pág. 127.

(21) P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 175-178.

(22) P. Van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., págs. 120 y 153.

(23) Sobre cuando y hasta que punto fue romántico, P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit.

(24) A. de MUSSET, *Lettres de Dupuis et Cotonet*, en *Oeuvres complètes en prose*, edición de Maurice Allem y Paul-Courant, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), París, 1960, págs. 819-836.

(25) Fortunat STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIXe siècle et au XXe siècle*, Mallottée, París, 1924, págs. 194-195.

(26) Alfred NETTEMENT, *Histoire de la Littérature Française sous le Gouvernement de Juillet*, Jacques Lecoffre et Cie., París, 1854, tomo II, págs. 145-146.

Desde muy joven se enfangó en el vicio –“en mi juventud, cuando era puro e ingenuo, le escribí a George Sand, el vicio me pareció un mundo admirable, inmenso, en el que me precipité en cuanto pude” (27)–, lo que literariamente acredita el erotismo de algunas de sus poesías y, sobre todo, la pornográfica y bestial *Gamiani* (1833), obra anónima, pero atribuida a Musset desde muy pronto, que escribió en tres días por una apuesta (28). Esta autoría fue negada (29), entre otros, por quienes, como Sedgwick, consideraron que tal paternidad era consecuencia de un infundio lanzado por Mericourt (30), pero de la que hoy día, tras los estudios de Simon Jeune (31), no se duda, hasta el punto que Heyvaert, en su estudio, ha integrado *Gamiani* en el conjunto de la producción de Musset como cualquier otra obra (32).

Al mismo tiempo, se regodeó en los escritos blasfemos –donde no falta el relato sacrílego (33)–, como *Le Tableau d'Eglise* (1830), *Rolla* (1833) o *La confession* (1836). En *Le Tableau d'Eglise* –donde Cristo es “celesté impostor” y no Dios (34)–, el héroe de Musset, para descansar tras una jornada de combate, entra en una iglesia, en la que ve un cuadro de Jesús y, presa del furor, lo destroza con su espada. Después se dirige a Jesucristo en estos términos: “Oh! Si en el fondo de tu alma, si en los últimos y secretos

(27) A. de MUSSET, «Carta a George Sand, de 10 de mayo de 1834», en *Correspondance, tome I/1826-1839*, edición de Marie Cordroc'h, Roger Pierrot y Loïc Chotard, Presses Universitaires de France, París, 1985, pág. 97.

(28) PH. J. G. B., *Notice Anecdotico-Bibliographique sur le Gamiani d'Alfred de Musset*, Gaillard et Legay, París, 1874, págs. 10-11.

(29) Louis PERCEAU, *Bibliographie du roman érotique français au dix-neuvième siècle*, según Simon JEUNE, *Musset et sa fortune littéraire*, ed. cit., apéndice II, pág. 180.

(30) Henry Dwight SEDGWICK, *Alfred de Musset. 1810-1857*, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1932, pág. 308.

(31) S. JEUNE, «“Gamiani” poème érotique et funèbre d'Alfred de Musset?», *Revue Littéraire de la France*, año 85, núm. 6, noviembre/diciembre 1985, págs. 988-1001.

(32) Alain HEYVAERT, *La transparence et l'indicible dans l'œuvre d'Alfred de Musset*, Klincksieck, París, 1994, pág. 15 y *passim*.

(33) A. de MUSSET, *La confession d'un enfant du siècle*, prólogo, notas y dossier de Frank Lestringant, Le Livre de Poche, París, 2003, I, IV, pág. 113.

(34) A. de MUSSET, *Le Tableau d'Eglise*, en *Oeuvres Complètes en prose*, edición de Maurice Allem y Paul-Courant, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), París, 1960, pág. 755.

rincones de tu pensamiento, la duda, la duda terrible..., si tu mismo no creyeras en esa inmortalidad que predicabas” (35).

Rolla es la historia de un joven dominado por sus peores pasiones, que no sabe hacer nada y con una pequeña fortuna a su disposición, decide, a los diecinueve años, dilapidar su peculio en una vida dedicada a toda clase de excesos –incluida la compra de una niña de quince años vendida por su madre–, y, tres años más tarde, consumida su herencia, tras una noche de orgía, se suicida, siguiendo, así la decisión que había tomado al inicio de su vida libertina. En esta obra se muestra el blasfemo –“buscar un lecho de muerte donde poder blasfemar” (36)–, se hace un paralelismo blasfemo entre Rolla y Cristo, en la última cena (37) y en la expiración (38), y se utiliza la ironía burlona, también blasfema: “Si Dios nos ha sacado a todos del mismo fango/ debió modelar en una arcilla extraña/ y secarla a los rayos de un sol irritado” (39).

Como quiera que Mericourt, con fama de panfletario, tachó el poema de impío y de conducir a la muerte y a la nada, Musset se sintió ofendido según lo expresó en carta a su prima, porque a los versos con que Méricourt acababa su cita (*Ta gloire est morte, ó Christ, et sur nos croix d'ébène! Ton cadavre céleste en pousiere est tombé*), había omitido los dos versos siguientes (*Eh bien! Qu'il sois permis d'en baiser la pousiere! Au moins crédule enfant de ce siècle sans foi*), “con lo que hace una impiedad de una cosa que es casi una oración” (40). Pero la queja de Musset, por mucho que subjetivamente lo pudiera haber sentido, si es que realmente lo lamentó, no se apoya en la realidad. Los dos versos omitidos no

(35) A. de MUSSET, *Le Tableau d'Eglise*, en *Oeuvres complètes en prose*, ed. cit., pág. 756.

(36) A. de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, nueva edición de Edmond Biré, Garnier Frères, Libraires Editeurs, París, s.f., pág. 20.

(37) A. de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 13.

(38) A. de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 18.

(39) A. de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 7.

(40) A. de MUSSET, “Carta a Madame Onésiphore de Musset-Cogners, de 31 de agosto de 1854”, en *Cahiers Alfred de Musset*, núm. 2, abril 1934, pág. 65.

son suficientes para enervar la interpretación del crítico. *Rolla* es, como decía Mericourt, un poema que, en cuanto a su mensaje, se resume en dos líneas: “No más religión; no más creencias; en cambio, materialismo, libertinaje y al cabo de todo eso, la muerte y la nada” (41). Casi siglo y medio después, el juicio de Bénichou no será muy diferente: “*Rolla* nos recuerda que no hay salvación ni claustro para los héroes de esta clase”, pues “su lógica conduce al suicidio” (42).

Como tantas veces se ha escrito, Frank, Rolla, Lorenzo u Octave, héroes libertinos de sus obras de juventud, reflejan al joven Musset. Frank, el protagonista de *La coupe et les lèvres* (1832), es, según decía Tieghem, la imagen de Musset: su tendencia fundamental es la desesperación de quien rompe con la sociedad, a la que considera mala, y de quien encuentra en sí mismo su ley, dejándose guiar, no por su inteligencia, sino por su instinto y por la parte más oscura de él, que le impulsa a verificar, con una constancia desesperada, la realidad de su desgracia (43). De ahí saca la alegría salvaje de poder injuriar a Dios —continúa Tieghem—, y a falta de felicidad, tampoco la gloria ni la riqueza se la proporcionarán, pues se encuentra en un pasado de pureza del que tiene una gran nostalgia (44). Pero, como quiera que fuera, aunque esta última afirmación fuera cierta, en ningún momento fue capaz de indagar en las razones de la pureza de ese pasado ni tampoco parece que intentara retornar a ellas, sino que, más bien supuso “la renuncia a la posibilidad de ser puro en el mundo”, como se percibe en *La confession*, como indicó Heyvaert (45).

El *desencanto* y la *desesperanza* (46) mostrados como caracte-

(41) Eugène de MIRECOURT, *Alfred de Musset*, 2ª ed., Librairie des Contemporains, París, 1869, pág. 39.

(42) Paul BÉNICHOU, *L'ecole du désenchantement. Sainte-Beuve, Nodier, Musset, Nerval, Gautier*, Gallimard, París, 1992, pág. 169.

(43) P. Van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., págs. 44-46.

(44) P. Van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., pág. 47; A. HEYVAERT, *La transparence et l'indicible dans l'œuvre d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 135, 150-151.

(45) A. HEYVAERT, *La transparence et l'indicible dans l'œuvre d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 153.

(46) En *Rolla*, (1833), decía: “No creo ¡Oh Cristo! en tu palabra santa/ Llegué muy tarde a un mundo muy viejo./ De un siglo sin esperanza surge un siglo sin temor/(...)/ Al menos crédulo niño de este siglo sin fe” (A. de MUSSET, *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., págs. 2 y 3).

rísticas de una juventud que no creía “en nada” (47), junto a su pésima educación y al enviciamiento, no le permitieron recorrer el camino de la fe y del combate por el ascetismo moral, sin que su búsqueda del amor, que no era otra cosa que el placer sexual desenfrenado, pudiera hacer otra cosa que precipitarle más hondamente en el frenesí, “descubriendo cada ocho días –como escribió Faguet– que el placer no es la felicidad” (48). Se comprende que Chantavoine escribiera que Musset fue “gobernado y destrozado por sus pasiones” (49).

En *Rolla* exclama el poeta: “¡Oh Cristo! No soy de los que la oración/ a tus templos mudos lleva a pasos temblorosos./ No soy de los que van a tu Calvario,/ golpeándose el pecho, a besar tus pies sangrientos;/.../ no creo, ¡Oh Cristo! En tu palabra santa” (50). El año anterior, en 1832, escribía que no creía en la otra vida (51). Octave –Musset– confiesa: “yo no creía [en Cristo]. Ni en el colegio, ni niño, ni hombre, no había frecuentado las iglesias; mi religión, si es que tenía alguna, carecía de ritos y símbolos y no creía más que en un Dios sin forma, sin culto y sin revelación. Envenenado desde la adolescencia por todos los escritos del último siglo, había mamado desde muy joven la leche estéril de la impiedad. El orgullo humano, este dios del egotista, cerraba mi boca a la oración, mientras que mi alma espantada se refugiaba en la esperanza de la nada” (52). Si el perdón y el arrepentimiento que aquél exige y que podría parecer que se manifiesta poco después en la misma obra (53), fue sincero –cosa más que improbable, ya que Octave manifiesta que las creencias no importan y que Jesucristo no

(47) A. de MUSSET, *La confession...*, ed. cit., pág. 73.

(48) E. FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Etudes littéraires*, ed. cit., pág. 260.

(49) Henri CHANTAVOINE, «Les Poètes (1820-1850)», en L. PETIT de JULLEVILLE, *Histoire de la Langue et de la Littérature française des Origines a 1900*, vol. VII, *Dix-neuvième siècle. Période romantique (1800-1850)*, Armand Colin et Cie. Editeurs, París, 1899, pág. 329.

(50) A. de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 2.

(51) A. de MUSSET, “Carta a destinatario desconocido, de 17 de abril de 1832”, en *Correspondance, tome II/1826-1839*, edición de Marie Cordroc’h, Roger Pierrot y Loïc Chotard, Presses Universitaires de France, París, 1985, pág. 54.

(52) A. de MUSSET, *La confession...*, ed. cit., pág. 386.

(53) A. de MUSSET, *La confession...*, ed. cit., pág. 388.

es Dios hecho hombre sino hombre hecho Dios por el sufrimiento (54)-, no fue, desde luego, perseverante.

A su amigo y compañero de correrías libertinas, Ulric Guttinguer, entonces inmerso en su itinerario de conversión que, comenzado en 1829 culminaría en 1835 (55), y que pretendía catequizarlo, le responde en 1832: “Nunca he intentado hacer un himno a mi Dios, sin embargo, te lo voy a pintar”.

“Esta pequeña corteza de pastel sembrada de estrellas y coronada por la vía láctea es todo lo que vemos del cielo. *Nuestro universo (no digo nuestro mundo)*, es un grano de arena en el vacío sin fin. A miles de millones de leguas unos de otros flotan en la inmensidad millones de combinaciones de universos. El nuestro tiene como ley el equilibrio, la atracción y la gravedad. Otros tienen otras leyes, otras gentes, otras verdades matemáticas. El bien y el mal, la fuerza y la belleza, son reemplazadas por otras cosas, y todos estos pequeños sistemas, donde el nuestro es, quizá, uno de los más débiles, se agitan, se remueven en su esquina con su chispa de vida. En el centro de las noches eternas está sentado mi Dios sin Revelación, que derrama a la inmortal materia el inmortal pensamiento” (56). Como quiera que su amigo insistiera, Musset le responde con una poesía inmoral y blasfema en la que Cristo es un bebedor de ajeno (57). En un fragmento de sus manuscritos dejó escrito: “Dios duerme profundamente desde el comienzo del mundo creado por El. Dios duerme y el mundo es su sueño. Dios duerme y todas las revoluciones físicas, todas las evoluciones de las esferas, todas las creaciones sucesivas o simultáneas que divierten su sueño, no son más que apariencias. El Mundo es el sueño de Dios. Cuando Dios se despierte, estará sólo en su todopoderosa unidad. Las apariencias caerán en la nada primitiva; los simulacros de creación y de los seres, de globos y de planetas, de

(54) A. de MUSSET, *La confession...*, ed. cit., págs. 387 y 388.

(55) Henri BREMOND, *Le roman et l'histoire d'une conversion. Ulric Guttinguer et Sainte-Beuve d'après des correspondances inédites*, 13^a ed., Plon-Nourrit et Cie., París, 1925.

(56) A. de MUSSET, «Carta a Ulric Guttinguer, de 10 de noviembre de 1832», en *Correspondance*, ed. cit., págs. 57-58.

(57) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 158, nota 3 ; F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 139.

sistemas y de vidas, se desvanecerán para siempre. Dios terminará de soñar” (58).

A George Sand le decía en 1834: “No quiero saber nada de si hay o no Providencia; si hay una, le digo a la cara: es injusta y cruel. Es la más fuerte, lo sé; que me mate. Haré aún más que maldecirla, la reniego” (59).

Su concepto de la religión, al menos como lo expresaba en algunas ocasiones, era cuando menos, muy particular. En carta a su amante Aimée D’Alton le decía que la adoraba “en pagano” y que sentía por ella “una simpatía religiosa”, y añadía: “Solo que de la religión como yo la entiendo, la de Venus; vale más que la otra y, si se es religioso en tus brazos, desafío que se sea católico” (60).

A la duquesa de Castries que intentaba catequizarlo y le había enviado un ejemplar de *La imitación de Cristo*, le decía en septiembre de 1840: “Por lo que se refiere a las cosas de un poco *más arriba*, a la fe de la hermana Marcelina, no puedo decir nada. La creencia en Dios es innata en mí; el dogma y la práctica me son imposibles, pero no quiero defenderme de nada; ciertamente, no estoy *maduro* a este respecto” (61).

Musset también fue de aquellos autores que se dedicaron a imaginar en sus obras sacerdotes despreciables o infames, hasta el punto que Lefebvre pudo decir que todos los curas de Musset “son odiosos o ridículos” (62): El cura de *Mardoche* (1829), que cede al chantaje de su sobrino que amenaza con suicidarse si no le presta su cama para reunirse con su amante (63). Annibal Desiderio, el sacerdote de *Les marrons du feu* (1829), al que la lujuria condu-

(58) A. de MUSSET, *Fragments*, en *Oeuvres complètes en prose*, ed. cit., pág. 940.

(59) A. de MUSSET, “Carta a George Sand, de 15 de septiembre de 1834”, en *Correspondance, tome II/1826-1839*, edición de Marie Cordroc’h, Roger Pierrot y Loïc Chotard, Presses Universitaires de France, París, 1985, págs. 125-126 (citaré como *Correspondance*).

(60) A. de MUSSET, “Carta a Aimée d’Alton, de 8 de junio de 1837”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 208-209.

(61) A. de MUSSET, *Correspondance (1827-1857)*, recueillie et annotée par Léon Séché, Société du Mercure de France, París, 1908, pág. 177.

(62) H. LEFEBVRE, *Alfred de Musset dramaturgue*, L’Arche, París, 1955, págs. 47 y 69.

(63) A. de MUSSET, *Mardoche*, en *Œuvres complètes*, ed. cit., vol. I, *Poésies*, I, págs. 144-146.

ce al asesinato (64). El Cardenal Cibo de *Lorenzaccio* (65), ambicioso, repugnante, sacrílego e incitador al adulterio. Los envidiosos y borrachos Blazius y Bridaine de *On ne badine pas avec l'amour* (1834) (66) o el hipócrita Mercanson de *La confession* (67). Sobrepasando todo lo imaginable, los ateos, libertinos, asesinos y sacrílegos Fortunio y Cassius de su espantosa *Suzon* (1831) (68). En *Lorenzaccio* (1834), drama que narra el asesinato de Alejandro de Médicis a manos de su primo Lorenzo –probablemente la obra teatral que más fama le ha dado a pesar de que no se representara con fidelidad hasta 1952–, “el anticlericalismo” está presente en la persona del cardenal Cibo (69), que hace del sacramento de la confesión un instrumento político y de dominación (70). En ella presenta Musset “una Iglesia totalmente dedicada a la intriga, a las ambiciones personales, que utiliza medios odiosos y, por ello, es presa en la inmanencia de los intereses estrictamente humanos” (71).

Obsesionado por el sexo –al decir de Guillemín, su “avidez sexual” constituía una “alienación” (72)–, hasta el punto que se ha podido decir que “hizo del amor su religión” (73), no le faltaron amantes. La relación más famosa, que constituyó un filón para la literatura, fue con George Sand. Le habían precedido la señora Beaulieu (74), aunque se ha discutido su existen-

(64) A. de MUSSET, *Les marrons du feu*, en *Oeuvres complètes*, tomo I, *Poésies*, I, ed. cit., págs. 45-83.

(65) Alfred de MUSSET, *Lorenzaccio*, prólogo y notas de Robert Abirached, Gallimard (Folio Classique), París, 2001, Acto segundo, escena tercera, págs. 173-178 y 270-279.

(66) A. de MUSSET, *On ne badine pas avec l'amour*, prólogo y notas de Alain Beretta, Gallimard, París, 2001, sobre el propósito anticlerical, Beretta, págs. 58-63.

(67) A. de MUSSET, *La confession d'un enfant du siècle*, ed. cit., pág. 218.

(68) A. de MUSSET, *Suzon* en *Oeuvres Complètes*, vol. I, *Poésies* tomo I, ed. cit., págs. 213-224.

(69) Bernard MASSON, *Musset et son double. Lecture de Lorenzaccio*, Minard, París, 1978, pág. 32.

(70) B. MASSON, *Musset et son double*, ed. cit., pág. 139.

(71) Pierre-André RIEBEN, *Délires romantiques. Musset-Nodier-Gautier-Hugo*, José Corti, París, 1989, pág. 45.

(72) Henri GUILLEMIN, *La liaison Musset Sand*, Gallimard, París, 1972, pág. 233.

(73) P. Van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., pág. 116; P. ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset...*, ed. cit., pág. 355.

(74) Maurice ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 25-26.

cia (75), y la marquesa de la Carte, Angélica Bosio, y la seguirían, entre otras, Louise (76), Caroline d'Alton-Shée, esposa de Máxime Jaubert, la inglesa Aimée d'Alton, que años más tarde, en 1861 contraería matrimonio con Paul de Musset, la actriz Rachel Félix, "Georgette", Augustine Brohan, la actriz Louise Allan-Despréaux y Louise Colet (77). Como quiera que sus relaciones con sus amantes casi siempre fueron tormentosas, celosas e infieles, bien por una u otra parte o por ambas, se consolaba de su sufrimiento en brazos de las prostitutas (78), incluso en Venecia, durante su viaje a Italia con George Sand (79). Extremadamente celoso —aunque infiel—, caía en la desesperación con cada nueva infidelidad de sus sucesivas amantes, permaneciendo incapacitado para la creación literaria durante meses.

Prematuramente envejecido (80), fue triste ejemplo de vida licenciosa pues comenzó a frecuentar los burdeles muy joven —a la edad de quince años contrajo la sífilis (81)—, costumbre que perduró durante décadas (82). Sus excesos y orgías continuas (83), eran la comidilla del París de aquellos años, por lo que adquirió una justa reputación de libertino. Alcohólico y borracho (84)

(75) Odoul niega la existencia de la señora Beaulieu, invención de los hermanos de Musset (P. ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset ...*, ed. cit., págs. 421-423).

(76) M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 139-140.

(77) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 61-64, 321 y sigs., 377-383, 411, 554, 537, 539, 554, 591; Maurice DONNAY, *La vie amoureuse de Alfred de Musset*, 2ª ed., Flammarion, Rio de Janeiro, 1936; M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 61-122, 151-165; Charlotte HALDANE, *Alfred. The passionate life of Alfred de Musset*, Roy Publishers, New York, 1960.

(78) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 64.

(79) M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 88.

(80) M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 205.

(81) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 630.

(82) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 54, 64, 135, 528 y *passim*.

(83) Lascar atribuye buena parte de este comportamiento a su amigo Alfred Tattet, hombre rico y muy bien situado, que le invitaba frecuentemente y que ejerció sobre Musset "una influencia perjudicial" (Maurice LASCAR, *Alfred de Musset. «Les Jours et les Nuits»*, Editions Arts et Formes, Toulouse, 1988, pág. 18).

(84) Henriot sugirió, porque probarlo no pudo, que bebía para ocultar y, sobre todo, olvidar su enfermedad, que estima que era epilepsia (Emile HENRIOT, *Alfred de Musset*, Librairie Hachette, París, 1928, págs. 165-171).

–llegó un momento, escribió Gastinel, en que “los malos hábitos se convirtieron en necesidad” (85)–, este discípulo de Voltaire, de Rousseau y de Sade (86), que en ocasiones disfrutaba golpeando a las mujeres, fue paradigma del libertinaje más absoluto al que llegó el romanticismo (87); Lestringant, en su monumental obra, nos ha mostrado todo Musset, también el “tenebroso y perverso” y el de “los amores infames” (88) .

Al contrario que muchos de sus contemporáneos que ligaron la función del poeta a la política o a la inquietud social, y que defendieron con su obra determinadas posiciones o presupuestos políticos o sociales, de cuya actitud Hugo es buen representante, Musset defendió la independencia del poeta tanto de la política como de la sociedad (89), de la que ni pretendió ser su guía ni su cliente. En diversas ocasiones dejó constancia de esa actitud conforme a la cual, la literatura ha de separarse de la política, como en sus *Revue fantastiques* (1831) (90), en la introducción de *La coupe et les lèvres* donde se mostró contrario tanto al escritor político como al que pretende conducir a las masas o seguirlas (91) o en su póstuma *Le Poète déchu*, en la que sostiene que el poeta no atiende a las relaciones entre las cosas, sino a su esencia, porque no conoce más hombre que el de todos los tiempos (92). Apoliticismo expresado claramente en su *Sonnet au lecteur*, de 1850 (93),

(85) P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 606.

(86) El conde de Viel Castel, de vuelta ya de sus libertinas aventuras juveniles en compañía de Musset, Mérimée, Sutton Sharpe, destacaba “el mal producido por las monstruosas obras del marqués de Sade” “en la literatura del siglo XIX”; Victor Hugo, Jules Janin, Théophile Gautier, Sand, Sue, Musset o Dumas, “todos son parientes de Sade, todos ponen un pedazo de su libertinaje en sus producciones” (Horace de VIEL CASTEL, *Mémoires sur le règne de Napoléon III (1851-1864)*, prólogo de L. Léouzon Le Duc, París, 1883, tomo I, pág. 109).

(87) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 149.

(88) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 659.

(89) P. Van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., págs. 122-123, 153.

(90) A. de MUSSET, *Revue fantastiques*, II, *De la politique en littérature et de la littérature en politique*, en *Œuvres complètes en prose*, ed. cit., pág. 761.

(91) A. de MUSSET, *La coupe et les lèvres*, en *Œuvres complètes*, ed. cit., vol. I, *Poésies*, I, pág. 241.

(92) A. de MUSSET, *Le Poète déchu*, en *Œuvres complètes en prose*, ed. cit., pág. 318.

(93) *La politique, hélas ! voilà notre misère. / Mes meilleurs ennemis me conseillent d'en faire. / Etre rouge ce soir, blanc demain; ma foi, non. / Je veux, quand on m'a lu, qu'on*

y que según advierte Heyvaert era “debido a una visión negativa de la política y pesimista de la historia” (94).

Sin embargo, aunque no se ocupó de la política (95) y como poeta más bien la despreció (96), tuvo buenas relaciones tanto con la monarquía burguesa como con el segundo imperio, a los que elogió y con cuyos regímenes obtuvo un empleo.

No hay duda de su aversión a la Restauración. Montégut interpretó que el héroe de *Le Tableau d'Eglise* es Musset y que el combate a que se refiere eran las tres jornadas de julio (97), interpretación que Allem y Courant consideraron muy verosímil sobre la base de una carta de la madre de Musset en la que indicaba que, en aquellos sucesos, sus hijos “arriesgaron sus vidas” (98). Ante ese único testimonio se comprende el escepticismo de Bénichou (99) o el de Lestringant, para el que tal participación es dudosa, puesto que Musset, en su carta a su amigo Horace de Viel Castel, de 29 de julio de 1830 (100), se expresa más bien como un espectador que como un actor (101).

En agosto de 1838, dedica una poesía al nacimiento del Conde de París en la que describe una Francia que vive en el mejor de los mundos y Luis Felipe es el “rey popular” que “desde hace ocho años, sin miedo y sin cólera, como piloto valiente nos muestra el camino” (102). Antes había escrito otra, tras el atenta-

puisse me relire./ Si deux noms, par hasard, s'embrouillent sur ma lyre./ Ce ne sera jamais que Ninette ou Ninon (A. de MUSSET, *Sonnet au lecteur*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 262.

(94) A. HEYVAERT, *La transparence et l'indicible dans l'œuvre d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 45.

(95) Pierre PARAF, “Alfred de Musset et la politique”, *Europe*, núm. 583-584, noviembre-diciembre 1977, págs. 113-125.

(96) A. de MUSSET, *Le poète déchu*, en *Oeuvres complètes en prose*, ed. cit., pág. 318.

(97) Émile MONTEGUT, *Nos morts contemporains*, Première Série, Librairie Hachette et cie., París, 1883, pág. 237

(98) Maurice ALLEM y Paul COURANT, en A. de MUSSET, *Le Tableau d'Eglise*, ed. cit. nota 3 de la página 753 en pág. 1183.

(99) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 139.

(100) A. de MUSSET, «Carta a Horace de Viel Castel, de 29 de julio de 1830», en *Correspondance*, ed. cit., págs. 40-41.

(101) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 111.

(102) A. de MUSSET, *Sur la naissance du Comte de Paris*, en *Oeuvres complètes*, II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 116.

do del 28 de diciembre de 1836, que es un panegírico de Luis Felipe (103), y le seguiría otra en el aniversario de la muerte del duque de Orleans el 13 de julio de 1842 (104). Aunque no llegara a publicarla, en 1853, compuso, en honor del Emperador Napoleón III, *Le songe d'Auguste* (105).

Gracias a su amistad con el entonces duque de Chartres, hijo del futuro rey Luís Felipe, del que fue condiscípulo en el liceo Enrique IV, y al que le pidió su apoyo (106), en octubre de 1838 es nombrado “Conservador de la Biblioteca del Ministerio del Interior, de la colección de medallas y del almacén de obras impresas publicadas en París y en el Departamento”, con un sueldo anual de 3.000 francos (107), cargo que no exigía su presencia y del que sería desposeído por la República. En febrero de 1845 fue nombrado Caballero de la Legión de Honor (108). Tras el golpe de Estado de Luis Napoleón, frecuentó la corte y fue nombrado, de nuevo, bibliotecario del Ministerio de Instrucción Pública en marzo de 1853 (109). Al final de los años cuarenta, desde el estreno en noviembre de 1847 de *Un caprice*, publicada diez años antes, se había convertido en un autor teatral célebre y sus representaciones se sucedían con éxito (110), y si nunca le sobró el dinero, fue por su modo de vida desordenado y derrochador (111).

(103) A. de MUSSET, *Au Roi, après l'attentat de Meunier*, en *Ceuvres complètes*, II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 112.

(104) A. de MUSSET, *Le Treize Juillet*, en *Ceuvres complètes*, II, *Poésies Nouvelles*, II, ed. cit., págs. 213-221.

(105) A. de MUSSET, *Le songe d'Auguste* en *Ceuvres Posthumes d'Alfred de Musset*, Edition Charpentier, L. Hébert Libraire, París, 1888, págs. 83-102.

(106) A. de MUSSET, “Carta al Duque de Orleans, de septiembre de 1838”, en *Correspondance*, ed. cit., tomo I, pág. 279 y “Carta al Duque de Orleans, de 16 de octubre de 1838”, *Correspondance*, ed. cit., pág. 283.

(107) Mme. MARTELLET (Adèle COLIN), *Alfred de Musset intime. Souvenirs de sa Gouvernante*, prólogo de Georges Montorgueil, Librairie Felix Juven, París, 1906, pág. 67; M. TOESCA, *Vie d'Alfred de Musset...*, ed. cit., pág. 227.

(108) Mme. MARTELLET (Adèle COLIN), *Alfred de Musset intime*, ed. cit. págs. 67-71.

(109) Maurice TOESCA, *Vie d'Alfred de Musset ou l'amour de la mort*, Hachette, París, 1970, págs. 363 y 367.

(110) M. TOESCA, *Vie d'Alfred de Musset...*, ed. cit., pág. 331. Sylvie CHEVALLEY, “Musset a la Comédie-Française”, *Europe*, núm. 583-584, noviembre-diciembre 1977, págs. 17-39.

(111) La misma noche del día en que recibió 4.000 francos por *Carmosine* orga-

Si por influencia de Sand fue durante algún tiempo “semi socialista”, como indicó Renard por lo escrito en el capítulo II de *La confesión* —lo que supone que Musset no sólo describía una situación, sino que la suscribía, lo que es, al menos, dudoso—, tal veleidad le duró bien poco, como indicó, también Renard, que entendió que desde 1838 será “portavoz de las opiniones conservadoras” (112). En la segunda de sus *Lettres de Dupuis et Cotonet* (1836) (113), se encargó de hacer una crítica que descalificaba el *humanitarismo* y las doctrinas de Saint-Simon; y en 1842 a los sueños de los utopistas y a las doctrinas revolucionarias (114).

Y si este *revolté* (115), este eterno rebelde (116) hasta su ingreso en la Academia, en 1852, acabó por convertirse en “escritor oficial y bien pensante” (117), no varió, en cambio, su actitud hacia la religión y la Iglesia. Como había advertido Mirecourt, “fue sistemáticamente impío, rebelándose contra la fe y jugando con el sacrilegio” (118).

nizó una orgía “de la que no pudo disfrutar” por llegar ya borracho (Edmond et Jules de GONCOURT, “Anotación de 9 de abril de 1861”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire*, I, 1851-1865, edición de Robert Ricatte con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont, col. Bouquins, París, 1989, pág. 1097).

También lo anotó Sainte-Beuve (Charles Augustin SAINTE-BEUVE, *Mes poisons*, préface de Pierre Drachline, José Corti, Mayenne, 1988, pág. 112); Houssaye contó la misma anécdota con la diferencia de que cobró 3.500 francos y relató otro hecho similar, cuando Musset, con motivo del estreno de *Il ne faut jurer de rien*, cobró 500 francos y organizó otra sesión parecida (Arsène HOUSSAYE, *Les confessions. Souvenirs d'un demi-siècle 1830-1880*, E. Dentu, París, 1891, tomo V, págs. 146 y 149-152).

(112) Georges RENARD, “Les opinions politiques d'Alfred de Musset”, *Revue Politique et Parlementaire*, año 10, tomo XXXIV, núm. 101, noviembre 1902 (págs. 327-344), págs. 332 y 334.

(113) A. de MUSSET, *Lettres de Dupuis et Cotonet*, en *Oeuvres complètes en prose*, ed. cit., págs. 837-849.

(114) A. de MUSSET, *Sur la paresse*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 186.

(115) G. GANNE, *Alfred de Musset...*, ed. cit., págs. 146-147.

(116) Según Lefebvre, en su interpretación marxista, *Lorenzaccio*, era una alegoría, pues escondía su crítica a Luís Felipe y a su monarquía (Henri LEFEBVRE, *Alfred de Musset dramaturge*, ed. cit., págs. 120-122). Interpretación que no resulta acorde, ni con su apoliticismo, ni con su comportamiento durante la Monarquía de Julio, como ya advirtió Bénichou. A su juicio, *Lorenzaccio* expresa la falta de confianza en la humanidad y su diana “es toda la especie humana” (P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit. pág. 142-149, cit., pág. 149).

(117) F. LESTRINGANT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 605.

(118) Eugène de MIRECOURT, *Alfred de Musset*, 2ª ed., Librairie des Contemporains, París, 1869, pág. 9.

El católico y legitimista Nettement, que no le trató mal en su crítica, al explicar, en 1854, el inicial aprecio por la poesía de Musset, restringido a cierta juventud y a ciertos cenáculos de literatos y artistas, así como su éxito con un público mucho más amplio hacia el final de la Monarquía de Julio, entendió que se debió a que esa juventud de 1830 “estaba habituada a todas las licencias” y a que en los primeros años de ese régimen se respiraba “una especie de anarquía intelectual y moral” (119). Después, hacia el final de la monarquía, se había producido un “relajo de la exigencia moral”, al tiempo que Musset había moderado su provocación, la crítica estaba dominada por Sainte-Beuve, “mucho más tolerante desde el punto de vista moral”, lo que unido a su apoliticismo, que permitía que agradara a todos, propició dicho éxito (120).

Virginia Ancelot, en 1858, decía de Musset que “excitaba las vivas simpatías de todos los alegres *veinteañeros* disipados y libertinos” (121). Sainte-Beuve, que públicamente, en sus *Causeries du lundi*, decía que la juventud sabía de memoria sus versos (122), en *Mes poisons* anotó que “la juventud disoluta adora en Musset la expresión de sus propios vicios” y que “Alfred de Musset es el capricho de una época hastiada y libertina” (123).

Zola, con ocasión de la publicación de la biografía de Musset escrita por su hermano y publicada en 1877, recordaba que en su adolescencia, fue el poeta que les encandiló, por su humanidad, porque era el que menos mentía, por la inmortalidad de sus sollozos y con el que lloraban al leerlo y porque les hablaba de las mujeres con una amargura y una pasión que les inflamaba (124).

(119) A. NETTEMENT, *Histoire de la Littérature Française sous le Gouvernement de Juillet*, ed. cit., tomo II, págs. 152 y 155.

En parecidos términos Armand de PONTMARTIN, *Nouvelles causeries littéraires*, Michel Lévy Frères, París, 1855, págs. 285-288.

(120) A. NETTEMENT, *Histoire de la Littérature Française sous le Gouvernement de Juillet*, ed. cit., tomo II, págs. 152, 155, 146, 147, 149 y 151

(121) Mme. ANCELOT, *Les Salons de Paris. Foyers éteints*, Jules Tardieu, París, 1858, pág. 134.

(122) C. A. SAINTE-BEUVE, *Causeries du lundi*, 4ª ed., Garnier Frères, París, s.f., tomo I, pág. 301.

(123) C. A. SAINTE-BEUVE, *Mes poisons*, ed. cit., págs. 182-183 y 112.

(124) Émile ZOLA, *Documents littéraires. Études et portraits*, nueva edición, Bibliothèque-Charpentier, Eugène Fasquelle Éditeur, París, 1926, págs. 91-92.

Perreau, que ya adulto continuaba admirándolo, no pudo dejar de consignar que era lo que, en su juventud, les atraía: “le amábamos con todas las fuerzas de la imaginación depravada de los dieciséis años, y estábamos resueltos a seguirle en esa gran ruta hecha por los siglos entre los dos senderos del vicio y de la virtud «de la que no queda nada». Algunos le siguieron –desgraciadamente hasta el fin– y les hemos visto caer como a él” (125). Hedouville recordaba que *Bolla* fue la obra de Musset “que más contribuyó a conquistar a la juventud” (126).

Taine, al final de su *Historia de la Literatura Inglesa*, escribió: “Lo conocemos de memoria. Murió, pero nos parece que todos los días le oímos hablar. (...) ¿Hubo jamás acento más vibrante y más verdadero? Al menos no mintió nunca. Sólo dijo lo que sintió y lo dijo cómo lo sentía. Pensó en voz alta. Hizo la confesión de todo el mundo. No sólo se le ha admirado; se le ha amado. Era más que un poeta, era un hombre. Cada uno encontraba en él sus propios sentimientos, los más huidizos, los más íntimos”. Fue “el más amado, el más brillante de nosotros (...). Todavía le amamos, no podemos escuchar a otro; a su lado, todos nos parecen fríos o mentirosos” (127). Quizá por eso, Lanson indicara que toda la doctrina que se encuentra en su poesía se reduce a expresar la sinceridad de la emoción, a emocionar estando emocionado (128).

Se ha dicho y se ha repetido muchas veces, que Musset expresó, como ningún otro poeta hasta entonces, los sentimientos de la juventud, y que supo hacerlo de forma tan sincera y, al tiempo, tan bella, que por ese motivo fue un gran poeta que, además, supo calar en la juventud (129). Sin embargo, es difícil de creer que la mayor parte de la juventud pueda ser comparada con un pura sangre al que hay que esperar que pase el tiempo para poderlo domar (130)

(125) Adolphe PERREAU, *Alfred de Musset. L'homme-le poète*, Librairie Poulet-Malassis, París, 1862, pág. 29.

(126) Marte de HEDOUVILLE, *Alfred de Musset*, Apostolat de la Presse, Société Saint-Paul, París, 1958, pág. 59.

(127) H. TAINÉ, *Histoire de la Littérature Anglaise*, vol. V, 2ª ed., Librairie L. Hachette et Cie., París, 1869, págs. 466 y 468.

(128) G. LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, ed. cit., pág. 962.

(129) Así, E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., sobre todo, págs. 220-222 y 241-242.

(130) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 221.

y, más concretamente, resulta inverosímil que la mayoría de los jóvenes de aquella época fuera, no loca, sino amoral, libertina y egoísta (131); no rebelde, sino, como diríamos hoy, anarquista. Vivir como Rolla, vivir como Frank, vivir como Octave, no puede ser más que el retrato de una escasa parte de la juventud de aquellos años. Y sentir de ese modo –que es lo que Musset transmite– no puede ser más que inmoral, por muy sinceramente que se haga y a pesar de las ocasiones en las que el poeta muestra el espanto hacia una vida sin sentido, con las que alterna la fruición por una vida sin frenos. Y la moraleja por vivir sin normas ni principios, como Frank o Rolla, no es el horror hacia ese género de vida, no es el retorno a la sabiduría, que nos haría buscar, río arriba, las fuentes que, encauzando nuestra libertad, nos hacen verdaderamente humanos. La moraleja si la hay, en el mejor de los casos, es la impotencia para salir de un cauce secado por el que nunca volverá a correr la vida; es el desencanto y la falta de esperanza.

Carrère le incluyó entre los maestros perniciosos, los que son “propagadores de debilidad, de egoísmo, de cobardía o de concupiscencia” (132). El reproche fundamental es que su obra es “un gemido permanente” por causa de haber padecido en su juventud un desengaño amoroso, la infidelidad de la amante, lo que le llevó a la desesperación (133).

Sí, Musset fue el poeta del dolor y del sufrimiento, pero que sufre por algo vano: “Lo sublime de nuestros dolores no se mide por su intensidad, sino por la grandeza de su causa” (134); Musset, por el contrario, “termina por encontrar un encanto increíble en sus debilidades de vencido” (135). A juicio de Bourget, en Musset se da la coexistencia del amor y de la duda, no como algo accidental, sino sustancial: “El veneno que se vierte en la herida del

(131) Según Musset, solo «los más ricos se hicieron libertinos» (A. de MUSSET, *La confession...*, ed. cit., pág. 69).

(132) Jean CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres. Rousseau, Chateaubriand, Balzac, Stendhal, George Sand, Musset, Baudelaire, Flaubert, Verlaine, Zola*, Plon-Nourrit et Cie., París, 1922, pág. 12.

(133) J. CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres*, ed. cit., pág. 121.

(134) J. CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres*, ed. cit., pág. 126.

(135) J. CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres*, ed. cit., pág. 131.

amor”, “no procede de fuera. Nace del mismo corazón. Surge al mismo tiempo que el amor” (136).

Sí, como tantas veces se ha repetido, el tema central, casi único, de su poesía es el amor, pero “el amor fracasado, fuente infalible de sufrimiento”, hasta tal punto que, “en la gran poesía romántica francesa, *no hay amor desgraciado*, salvo en Musset” (137); ese amor, continúa Bénichou, expresa “una voluntad de padecer anterior a cualquier motivo de sufrimiento” (138). Con independencia de las infidelidades de sus amantes, Bénichou mostró que con anterioridad a ello, Musset se fabricó su propia leyenda de un amor desgraciado cuando tenía dieciocho o diecinueve años (139), y se presentó en su poesía como un poeta con destino trágico a causa de ese amor traicionado (140).

Lemaitre, que elevó las comedias de Musset hasta compararle con Shakespeare y con Marivaux –cuya influencia ya había sido indicada por Montégut (141) y por Menéndez Pelayo (142) tras él–, opinó que su teatro “es el teatro del amor”, “del amor grande, auténtico, trágico”, que creyó ver perfectamente representado en *Il ne faut jurer de rien* (1836) (143), en la que Valentin, que se niega a contraer matrimonio y que, por una apuesta, se había propuesto seducir a Cécile en el plazo de ocho días para demostrar que no se puede confiar en la virtud de las mujeres, en dos días ganará la apuesta, pero vencido por el amor de Cécile, se casará con ella (144). Lemaitre estimó, también, que nadie como Musset pintó los terribles efectos causados sobre el alma por el abuso y por la profanación del amor, así como que

(136) Paul BOURGET, *Études et Portraits. Sociologie et Littérature*, Plon-Nourrit et Cie., París, 1906, tomo III, pág. 265.

(137) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 103.

(138) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 117.

(139) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., págs. 103-115.

(140) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 122.

(141) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., págs. 261-262.

(142) Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1994, vol. I, pág. 855.

(143) J. LEMAITRE, introducción a *Théâtre de Alfred de Musset*, ed. cit., págs. V y XIII.

(144) A. de MUSSET, *Il ne faut jurer de rien*, en *Théâtre de Alfred de Musset*, ed. cit., 1890, tomo III, págs. 187-274.

el libertinaje termina en el nihilismo final y que narró en *Lorenzaccio* (145).

Sin embargo, por encima de lo amable de algunas comedias, la concepción del amor de Musset sobresale en su poesía. Musset exaltó un concepto idealista, que no ideal, del amor y, por tanto, erró profundamente, desvirtuando un sentimiento y una virtud capital para el ser humano y las relaciones interpersonales. Unos versos de *La coupe et les lèvres*, lo expresan con toda crudeza: *Doutez, si vous voulez, de l'être qui vous aime, / D'une femme ou d'un chien, mais non de l'amour même. / L'amour est tout, -l'amour, et la vie au soleil. / Aimer est le grand point, qu'importe la maîtresse ? / Qu'importe le flacon, pourvu qu'on ait l'ivresse ? / Faites-~~vous~~ de ce monde un songe sans rêve il* (146).

En expresión de Barine, “soñaba con un amor por encima de todos los amores, que fuera, a la vez, un delirio y un culto” (147); al mismo tiempo, “había pedido a la pasión el punto de apoyo de su vida moral y el apoyo se rompió” (148). Por su parte, Faguet había advertido que creía “que el amor se satisface (...) independientemente del ser amado” (149). En parecido sentido, Bénichou indicaba que Musset “no creía plenamente en el amor más que en los comienzos de la pasión, cuando el entusiasmo desterraba de su espíritu el pensamiento del mañana” (150). Según este mismo autor, esa religión del amor era “creer sin creer y profesar una religión sin verdad” (151). Montégut había expresado algo parecido al indicar que Musset “no logró nunca separar esta religión del amor de la idolatría de las criaturas” (152). En expresión

(145) J. LEMAITRE, introducción a *Théâtre de Alfred de Musset*, ed. cit., pág. XXIII.

(146) A. de MUSSET, *La coupe et les lèvres*, ed. cit., pág. 244.

(147) A. BARINE, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 61.

(148) A. BARINE, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 99.

(149) E. FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Etudes littéraires*, ed. cit., pág. 279.

(150) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 116.

(151) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 116. Ambos autores, Faguet y Bénichou, recuerdan estos versos de Musset: “L'amour est tout, l'amour, et la vie au soleil. / Aimer est le grand point, qu'importe la maîtresse? / Qu'importe le flacon, pourvu qu'on ait l'ivresse?” (A. de MUSSET, *La coupe et les lèvres*).

(152) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 284.

de Henriot (153), tuvo una vida “deliberadamente consagrada a la conquista de sus sueños, a las ilusiones de la voluptuosidad” (154).

En su vida, aunque no sólo en la suya, si bien en su caso y en el de George Sand, se verificó, de forma eminente, el amor desordenado de que hablara Maurras (155), que no es verdadero amor, sino el amor-pasión al que se refería Truc (156), que se busca a sí mismo y que termina por no ser otra cosa que mera relación sexual egoísta. Maurras, en su crítica, de plena aplicación a Musset y a Sand, estimó que “los románticos padecieron en su voluntad el desorden de su pensamiento”, y que ambos “despreciaron los mecanismos vivientes con los que la tradición del género humano, firmemente definida en los pueblos civilizados, ha atemperado el orgullo y ha encadenado el amor. Desmontaron todos los frenos, experimentaron, uno tras otro, esas necesidades naturales que atormentan a quienes retornan a nuestros elementos primitivos y comprobaron hasta que punto la naturaleza es más maliciosa y más cruel en sus venganzas que la sociedad” (157).

Las relaciones fuera del matrimonio y el adulterio fueron reiterativas incluso obsesivas, en buena parte de su obra, por lo que, con toda razón, fue calificado de poeta inmoral (158). A lo largo de los años, conforme pasaba el tiempo, fue objeto tanto de crítica favorable y enaltecedora de su obra, como de crítica adversa, como la que le hizo la derecha maurrasiana con Maurras (159) y

(153) Emile HENRIOT, *Alfred de Musset*, Librairie Hachette, París, 1928, pág. 153.

(154) Al margen de la valoración como poeta, en la que no entro, Lamartine, aunque posteriormente modificara parcialmente su juicio, estimó que le faltaron las tres condiciones necesarias al gran poeta: amor, fe y carácter (Alphonse de LAMARTINE, en André GUYAUX et al., *Alfred de Musset*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 1995, pág. 84).

(155) Charles MAURRAS, *Les amants de Venise*, 20ª ed., Boccard, París, 1916, págs. LIV y 287.

(156) Gonzague TRUC, *Histoire de la Littérature catholique contemporaine* (1961), trad. esp., *Historia de la literatura católica contemporánea (de lengua francesa)*, Gredos, Madrid, 1963, pág. 33.

(157) C. MAURRAS, *Les amants de Venise*, ed., cit., pág. LIV.

(158) Parte de la crítica así lo señaló al hilo de sus obras. La inmoralidad de su obra queda suficientemente de relieve en el opúsculo de Eugène de MIRECOURT, *Alfred de Musset*, 2ª ed., Librairie des Contemporains, París, 1869.

(159) Charles MAURRAS, *Les amants de Venise*, 20ª ed., Boccard, París, 1916.

Lasserre (160). No deben extrañar tales críticas, pues como ha expuesto Heyvaert, el análisis de la sociedad hecho por Musset conduce al nihilismo, aunque no sea un nihilismo triunfante sino fúnebre (161).

Con todo, no han faltado quienes han presentado un Musset moralista y hasta profundamente creyente, como Montégut o Peter. Para Montégut, *La confesión* es una obra moral, porque muestra el callejón sin salida al que conduce la corrupción libertina (162). A juicio de Gastinel, la lección de *La coupe et les lèvres* es “la lucha del hombre contra las taras consecuencia de una vida imprudente”, y su teatro contiene una moral consistente en que *on ne badine pas avec la débauche* (163).

Janzé le caracterizó como “creyente por instinto” en el que su espíritu dubitativo recorrió las fases sucesivas de negación, duda y creencia cuando sufre (164). Parecida opinión tuvo Séché, para el que Musset, ni fue indiferente ni un adversario de la religión, sino que, por el contrario, en algunos momentos se despertaba el cristiano que dormía en él y se elevaba hasta el panegírico (165). “Permaneció creyente —escribió Peter—, de una fe en absoluto simulada, profunda, capaz de inspirar los versos de *L'espoir en Dieu* (1838), y, en un tiempo en el que el ateísmo suministraba el elemento esencial de cierta moda intelectual, encontró, para exaltar el *credo* de sus antepasados y para fustigar la duda, acentos que muestran, en ocasiones, en este escritor reputado frívolo, un campeón de la idea cristiana” (166).

Pe ro algunos versos aislados, como en *La Nuit d'août* (“*A qui*

(160) Pierre LASSERRE, *Le romantisme français. Essai sur la Révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*, Société du Mercure de France, París, 1907, págs. 205-207, 280-290.

(161) A. HEYVAERT, *La transparence et l'indicible dans l'œuvre d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 70 y 71.

(162) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., págs. 292 y 287.

(163) P. GASTINEL, *Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 265.

(164) Vizcondesa de JANZÉ, *Étude et Récits sur Alfred de Musset*, E. Plon, Nourrit et Cie., París, 1891, págs. 136 y 137.

(165) L. SÉCHÉ, *Alfred de Musset*, vol. I, *L'Homme et l'œuvre. Les camarades*, ed. cit., pág. 331.

(166) René PETER, *Alfred de Musset*, La Bonne Presse, París, 1945, págs. 23-24.

perd tout, Dieu reste encore, / Dieu là-haut, l'espoir ici-bas) (1836) (167) o, incluso, de *Une bonne fortune* (1834) (*O toi, Père immortel, dont le Fils s'est fait homme, / Si jamais ton jour vient, Dieu Juste, ô Dieu Vengeur!*) (168), lo más que mostrarían es que no fue ateo, pues Musset, hasta en los textos aportados por René Peter —generalmente aislados de la totalidad del poema o de la obra— no se entrega. Si en el último verso des las últimas cinco estrofas de la *Lettre à Lamartine* (1836), invoca el “alma inmortal”, es para concluir que, tras la muerte, si se ha amado, el alma se acordará (169). Incluso *L'Espoir en Dieu*, aunque sea un grito de angustia, es una requisitoria a Dios más que una oración confiada, que, como observó Bénichou, “manifiesta la duda más bien que la esperanza” (170).

En efecto, Musset se dirige a Dios, al que tiene por “temible” y “verdugo que engaña a su víctima”, le reprocha haber creado el mal, sembrar la duda en el hombre, tentarle, dejarse entrever en la naturaleza cuando mejor hubiera sido que hubiera permanecido totalmente oculto, y al que, finalmente, pide que se muestre para que, de ese modo, se crea en él y desaparezca la duda y la blasfemia (171). En opinión de Haldane, en *l'Espoir en Dieu*, Musset “alterna la desesperación y el estoicismo” porque “la creencia cristiana le aterroriza y el ateísmo le repele. La razón está en la revuelta contra la fe en la que su corazón tan desesperadamente necesita encontrar consuelo” (172). Pero Musset, de haber sentido la necesidad de ese consuelo, erró el camino, procurando un consuelo imposible, pues lo buscó en el frenesí sexual, cuando la renuncia a este modo de vida era condición necesaria para abrirse a la fe.

Si como quiere Peter, Musset “fustigó la duda”, no lo hizo de

(167) A. de MUSSET, *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 59.

(168) A. de MUSSET, *Une bonne fortune*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 31.

(169) A. de MUSSET, *Lettre à Lamartine*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., págs. 80-81.

(170) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 170.

(171) A. de MUSSET, *L'Espoir en Dieu*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., págs. 91 y 94-97.

(172) C. HALDANE, *Alfred. The passionate life of Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 142.

modo suficientemente firme para salir de ella. *Tristesse* (1840) tampoco expresa otra cosa diferente de lo que lo que dice su título. No hay en ella una firme convicción y, sobre todo, la puerta abierta a la esperanza es tan pequeña que su resquicio no es suficiente para dejar entrever la confianza del poeta en Dios: *J'ai perdu ma force et ma vie, / Et mes amis et ma gaieté; / J'ai perdu jus - qu'à la fierté / Qui faisait croire a mon génie. / Quand j'ai connu la Vérité, / J'ai cru que c'était une amie; / Quand je l'ai comprise et sentie, / J'en étais déjà dégoûté. / Et pourtant elle est éternelle, / Et ceux qui se sont passés d'elle / Ici-bas ont tout ignoré. / Dieu parle, il faut qu'on lui réponde. / Le seul bien qui me reste au monde / Est d'avoir quelquefois pleuré* (173).

Si fue sincero, el lejano pasado, evocado en ocasiones con añoranza, la infelicidad de la negación y de la duda y, tal vez, el recuerdo de una infancia cristiana, provocaron la angustia que reflejan los mejores, por más espirituales, versos de Musset. Angustia que muestra que el fondo del alma sólo puede satisfacerse con la unión con Dios. Pero esa angustia no tuvo en la obra de Musset una salida redentora, sino que se precipitó en la desesperación, quizá por no querer renunciar a los placeres de la voluptuosidad (174). Por ello, me parece una mistificación estimar que *Rolla*, es “la cumbre” de su poesía, una obra “de alta trascendencia religiosa” y, cuando menos una chanza de mal gusto –aunque no fuera esa la intención– decir que “el espíritu divino” sopló en el poeta al escribirla (175) y mostrar su espanto ante el nihilismo del siglo (176). Para Montégut el mensaje de la melancolía de Musset, transmitido en *Rolla*, es el mal del siglo, que para el poeta consistía en “el agotamiento moral”, causado por “la desaparición de las creencias religiosas”, que privó de toda fecundidad al amor (177).

(173) A. de MUSSET, *Tristesse*, en *Oeuvres Complètes*. II, *Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 173.

(174) Véase Mgr. BAUNARD, *La doute et ses victimes dans le siècle présent*, Librairie CH. Poussielgue, París, 1889, págs. 455-461.

(175) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., págs. 267, 268 y 268.

(176) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 270.

Para Sainte-Beuve, en privado, *Rolla* “no es más que una sucesión de apóstrofes” (*Mes poisons*, ed. cit., pág. 183).

(177) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 276.

Si tal diagnóstico, así expresado, es correcto, no lo es la continuación, porque el mensaje continúa con la idea de que esa destrucción es irremediable, con lo que se desmorona la sociedad y se hace al hombre desgraciado (178).

Aunque a través de Frank fustigara a los sofistas (179) –“con una vehemencia casi *niestzechiana*” (180)–, por medio de Rolla –con una especial mención a *Voltaire*, a los deicidas y demoleedores estúpidos que dejan el vacío y la muerte tras ellos (181), en *L'Espoir en Dieu* a los filósofos que al declarar el cielo vacío concluyen en la nada (182), en *La confesión* lamentara la destrucción de la fe y su sustitución por el materialismo que daría lugar a la *desesperanza* (183), en *Sur la paresse* denunciara “un mal profundo, la creencia desaparecida” (184), y a que no pudo ignorar a Cristo, como manifiesta su blasfema obra, Musset no se enfrentó al problema crucial y no dio el paso que le hubiera permitido creer y afirmar su divinidad (185). Al margen de lo erróneo del diagnóstico de Musset, es lo cierto, como observó Bénichou, que el lamento por la muerte de la fe en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, expresado por Musset, no tiene salida alguna, pues se contenta con constatarlo y encerrarse en su pesimismo (186), a diferencia de buena parte de los románticos que encontraron una vía a la esperanza, sea en Dios, en el hombre o en el futuro (187), con independencia de que esa vía fuera acertada o equivocada.

Incluso en una interpretación no lejana, revalorizadora de la

(178) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 278.

(179) A. de MUSSET, *La coupe et les lèvres*, ed. cit., págs. 299-300.

(180) Paul VIALLANEIX, “Musset et le Christ”, *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 76, núm. 2, marzo-abril 1976 (págs. 228-238), pág. 231.

(181) A. de MUSSET, *Rolla*, ed. cit., pág. 17.

(182) A. de MUSSET, *L'Espoir en Dieu, Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 94.

(183) A. de MUSSET, *La confesión*, ed. cit., págs. 73-78.

(184) A. de MUSSET, *Sur la paresse*, en *Oeuvres Complètes. II, Poésies Nouvelles*, ed. cit., pág. 185.

Añade Musset, «para quien une las manos, para quien levanta los ojos, / una cruz hecha polvo y el desierto en los cielos».

(185) Según Viallaneix permaneció en una actitud de negación pasiva (P. VIALLANEIX, “Musset et le Christ”, ed. cit., pág. 238).

(186) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 161.

(187) P. BÉNICHOU, *L'école du désenchantement*, ed. cit., pág. 180.

poesía de Musset, ésta acaba en el desencanto. Si “la nostalgia es la piedra angular de la obra poética de Musset”, como ha pretendido Szwejcer (188), el poeta se queda en la pena sin intentar salir de ella –ni en el mundo de ficción de su obra, ni, personalmente, en el mundo real– y, por tanto, sin intentar recuperar el bien perdido que evoca el recuerdo. Szwejcer halla la explicación de la poesía de Musset en el hecho de que “obligado a vivir en un mundo carente de toda esperanza y despojado de humanidad o de ideal”, ante “un presente desgraciado y un futuro cerrado” (189), intenta refugiarse “sucesivamente en la nostalgia de los orígenes, en la nostalgia de la pureza y en la nostalgia del amor absoluto” (190), que le sirven para denunciar los defectos del siglo –la pérdida de los valores espirituales– y para crear, y refugiarse en él, un mundo nuevo –el de la poesía–, fuera del tiempo, en el que se codean dos filosofías, el estoicismo y el epicureísmo (191), dónde, finalmente, la nostalgia, con la que se iba a la búsqueda de un ideal, “acaba a largo plazo en el desencanto y la amargura” (192). Quizá no podía ser de otro modo en quien percibía la realidad de modo tan distorsionado y pesimista, que huía del mundo real para fabricarse uno mental que respondiera a sus sueños y que imposibilitaba toda acción real.

Por eso, el juicio moral sobre la obra de Musset no puede ser de absolución como pretendió Montégut sobre la base de que para ser justos ha de juzgársele “con las ideas y los sentimientos propios de ese periodo de la vida del que fue un vate tan inspirado” (193). En primer lugar porque todo juicio moral que realmente lo sea, no se apoya en las mentes de quienes lo emiten, que, además, en este caso, se basaría más bien, en sus pasiones. En

(188) B. SZWAJECER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 12.

(189) B. SZWAJECER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 12 y 13.

(190) B. SZWAJECER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 21-67 ; pág. 67.

(191) B. SZWAJECER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 75-109.

(192) B. SZWAJECER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 144.

(193) E. MONTÉGUT, *Nos morts contemporains*, ed. cit., pág. 204.

segundo lugar porque el juicio moral no es sobre la descripción que hace Musset de los sentimientos que, supuestamente, compartía la juventud de su tiempo, sino sobre el mensaje transmitido por Musset.

Por ello, parece incomprensible la benevolencia de Menéndez Pelayo hacia Musset, que quizá se deba a que su estudio es excesivamente tributario de Taine, de Sainte-Beuve y de Montégut. El polígrafo santanderino, que no disimuló su simpatía hacia el poeta, consideró geniales *La coupe et les levres* y *Rolla*, y se quedó en el lamento doloroso del poeta —creyéndole sincero, sin duda—, como expresión de la “profunda crisis moral de la generación a que él pertenecía”, de “los terrores de la conciencia solitaria y desierta del ideal religioso, e impotente ya para alcanzarle por haber secado en sí todas las fuentes de la vida espiritual” (194). Pero no vio o calló sus imprecaciones blasfemas y su desesperación que acompañan a aquella lamentación.

Pero, tal vez, Musset al expresar su dolor por la pérdida de la fe a la que condujeron sofistas, deicidas y filósofos, no fue tan sincero como se ha dicho. En su comportamiento vital no parece que haya manifestado esa sinceridad, pues, como se ha visto hasta aquí, no sólo no buscó la fe, sino que se despreocupó de ella por completo, si es que no la despreció. Pero cabe dudar, también, de que en su obra literaria fuera sincero. De hecho, al dolor le sigue, no pocas veces, el dicerio o la blasfemia, incompatibles con un auténtico sentimiento de dolor por la pérdida de aquella fe. Más bien parece un recurso literario para mostrar su originalidad con la oposición a todos y a todo, divino y humano: a los deicidas y a Dios. De haber sido así, tampoco merecería la pena por la sinceridad de esos sentimientos.

Soupault, con motivo del centenario de la muerte de Musset, sugirió que éste, cien años después de su muerte, a pesar de sus biógrafos y, tal vez, también debido a la biografía escrita por su hermano, que ocultó algunas cosas, era “incomprensible” (195).

(194) M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. cit., vol. I, págs. 856, nota, 852 y 853.

(195) Philippe SOUPAULT, *Alfred de Musset*, Pierre Seghers Éditeur, París, 1957, págs. 40-42.

Quizá fuera desde que su hermano Paul dijo de él que tenía una doble personalidad, que había dos Musset, o desde que se conoció la correspondencia de Louise Allan, en la que dijo que junto al enamorado y bueno coexistía el insoportable y malo, “él y el otro” “con sus ataques de nervios, alucinaciones y delirios” (196), “dos seres encerrados en un mismo individuo” (197), no han faltado quienes han seguido ese rumbo, intentando descubrir el Musset más oculto, como Hedouville, para la que la afectación de dandismo era buscada por Musset para ocultar su sensibilidad (198), Haldane, para la que casi todos los protagonistas de las obras de Musset son reflejo de sí mismo, con lo que cree ver la existencia de la doble personalidad de Musset, reflejada en la antinomia de sus personajes, doble personalidad en la que entiende que el mismo Musset creía (199) o Rees, que todavía en 1971 iniciaba su estudio indicando que Musset seguía siendo un enigma (200).

Soupaault entendió que la razón del [supuesto] desconocimiento de la personalidad de Musset todavía en 1957, se debió a que Musset, “para ser independiente, para no rendir cuentas más que a sí mismo, escogió ser un incomprendido” (201). Esta incomprensión habría comenzado porque su indiferencia “respecto a su reputación literaria o moral” era “total”, hasta el punto que “se burló siempre de ser tachado de borracho y libertino” (202).

(196) Carta de Louise Allan a Adèle Samson-Toussaint de octubre de 1849, en L. SÉCHÉ, *Alfred de Musset II. Les Femmes*, Société du Mercure de France, París, 1907, pág. 192.

(197) Carta de Louise Allan a Adèle Samson-Toussaint de octubre de 1849, en L. SÉCHÉ, *Alfred de Musset II. Les Femmes*, ed. cit., pág. 193.

Así lo describía: El primero, «bueno, dulce, tierno, entusiasta, lleno de vitalidad, de buen sentido, ingenuo (cosa extraña), ingenuo como un niño, buena persona, simple, sin pretensiones, modesto, sensible, exaltado, llorando por cualquier cosa, artista exquisito, sintiendo y expresando todo lo que es bello en el lenguaje más bonito, música, pintura, literatura, teatro”. El segundo, “una especie de demonio, débil, violento, orgulloso, despótico, loco, duro, pequeño, desconfiado hasta el insulto, ciegamente tozudo, egoísta cuanto sea posible, blasfemando de todo” (pág. 193).

(198) M. de HEDOUVILLE, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 30.

(199) C. HALDANE, *Alfred. The passionate life of Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 32-46.

(200) M. A. REES, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 1.

(201) P. SOUPAULT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 40.

(202) P. SOUPAULT, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 40 y 50.

Pe ro si esa forma de vida no merece reproche sino que se llega a mirar con simpatía esa muestra de “desprecio de la opinión pública y de amor fiero a la independencia” (203) y además se sostiene que ni siquiera sus más íntimos, como su hermano Paul o como su amigo Tattet, llegaron a comprenderle porque “nunca quiso entregarse” (204), no parece que exista motivo para buscar un supuesto verdadero Musset oculto, sino que más bien, todo ello, manifiesta al Musset real, como fue y como quiso que le conocieron sus contemporáneos. Suponer que ese velo de la realidad ocultaba otra más profunda, sería, salvando todas las distancias, como si dijéramos que el verdadero Hitler no es el monstruo que ha pasado a la historia sino el de corazón sensible manifestado en su cariño a los niños.

Si su indiferencia por su reputación literaria o moral motivó que tal comportamiento se considerase una “expresión de un intolerable desprecio y la prueba de un orgullo insoportable” (205), quizá el juicio no era erróneo. Incluso Musset se creía orgulloso (206). Louise Allan aludió al “orgullo inmenso de su carácter” (207) y muchos de sus personajes, Rolla, Frank o, incluso, el ateo *André del Sarto* (1833) —que se suicida para evitar el deshonor de que se haga público que su mujer escape con su amante, pues con su muerte no habrá obstáculo para que se puedan casar (208)—, hacen gala de un orgullo irreductible. Y el modo de su reconocimiento de la falta de *madurez* respecto a la religión, manifestado a la duquesa de Castries y la ostentosa manifestación de su impiedad hecha a Carolina Jaubert, además de inmadurez ¿no expresan un espíritu orgulloso?

Aunque a Musset le gustara vivir sin normas y sin principios, y así se comportó en casi toda su vida y en buena parte de su obra, no fue tan ajeno a la opinión pública en lo que se refiere a su obra

(203) P. SOUPAULT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 50.

(204) P. SOUPAULT, *Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 10 y 41.

(205) P. SOUPAULT, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 40.

(206) A. de MUSSET, “Carta a Caroline Jaubert, de 27 de octubre de 1837”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 227.

(207) Carta de Louise Allan a Adèle Samson-Toussaint de octubre de 1849, en L. SÉCHÉ, *Alfred de Musset II. Les Femmes*, ed. cit., pág. 192.

(208) A. de MUSSET, *André del Sarto*, en *Lorenzaccio*, ed. cit., págs. 103-105.

literaria (209). Como observó Haldane, “a pesar de su afectación de indiferencia ante la opinión social, Alfred era inmensamente ambicioso” (210). Ambición de triunfar en la carrera literaria que era expresión de su orgullo y su egocentrismo desmesurados y que vio satisfecha cuando se reconoció su éxito como autor teatral tras el triunfo de *Un caprice* en 1847. De hecho, en su juventud, cuando no había cumplido los diecisiete años, le escribía a Paul Foucher: “no quisiera escribir, salvo para ser Shakespeare o Schiller” (211). Y ambición de fama, de permanecer en la memoria de la gente, de pasar a la posteridad, junto a Sand, como Romeo y Julieta y como Abelardo y Eloísa (212).

Musset tuvo la desgracia de ser toda su vida un enfermo (213). Generalmente se admite, hoy, que Musset fue un neurótico, si bien su enfermedad no anulaba ni su entendimiento ni su voluntad. Odoul estimó que gran parte de los rasgos de su personalidad fueron manifestación de su neurosis: la obsesión por el sexo, su sometimiento al principio del placer en lugar de al principio de la realidad, su egocentrismo infantil, su menosprecio por los demás, su permanente angustia, su pesimismo, su desequilibrio psíquico (214) y su incapacidad para el auténtico amor (215). La falta de madurez, su infantilismo y apetitos de niño, ya habían sido advertidos por literatos como Lamartine (216) o Zola (217). A juicio de Szwajcer, la

(209) Buen número de autores se han referido a su modestia literaria, de lo que es buena muestra Gastinel (*Le romantisme d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 130).

(210) C. HALDANE, *Alfred. The passionate life of Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 22.

(211) A. de MUSSET, “Carta a Paul Foucher, de 23 de septiembre de 1827”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 23.

(212) A. de MUSSET, “Carta a George Sand, de 23 de agosto de 1834”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 119.

(213) Gérard MILHAUD, «Psychopathologie de Musset», *Europe*, núm. 583-584, noviembre-diciembre 1977, págs. 5-16.

(214) P. ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset...*, ed. cit., págs. 23, 31, 32, 35 y 37.

(215) Esta incapacidad y un permanente sentimiento de culpa, según Odoul, procedían de su incestuoso deseo hacia su hermana Herminia (P. ODOUL, *Le drame intime d'Alfred de Musset...*, ed. cit., págs. 155-199).

(216) LAMARTINE, en André GUYAUX et al., *Alfred de Musset*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 1995, pág. 90.

(217) E. ZOLA, *Documents littéraires. Études et portraits*, ed. cit., págs. 103-104.

exaltación de la infancia en la obra literaria de Musset, en la que sus héroes raramente superan los veinte años, presentándolos en el momento de pasar a la edad adulta, obedece a que su autor entiende que en ese tránsito se abandona para siempre la espontaneidad, la sinceridad y la pureza, por lo que busca con la escritura la fuente de la eterna juventud (218) ; y es que, “como Dorian Gray, no soporta verse envejecer y saber que un día sus fuerzas le abandonarán” (219).

Al igual que Octave, héroe de *La confession* que, debido a una sociedad sin ideales, cae en una vida de libertinaje y de desesperación, el joven Musset siente que si no puede hacer algo grande en la vida no sería por su culpa sino por la de la época (220). Pensamiento estéril que implica un determinismo que nos absuelve de nuestras culpas, en el caso de que las hubiera admitido y no fueran sólo imputables a la sociedad, e impide el ejercicio de una libertad responsable.

En algunos momentos de su vida presumió de su incredulidad agresiva: “A propósito de mi impiedad –le escribe a Caroline Jaubert–, tengo que haceros una confesión, que este feo defecto va en aumento” (221). Con todo, su orgullo no habría sido definitivo si al final de su vida, en el umbral de su tránsito, solicitó el auxilio de un sacerdote con el que se confesó, reconciliándose, así, con Dios (222), quizá, cumpliendo de ese modo, las

(218) B. SZWAJCER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., págs. 28-31.

(219) B. SZWAJCER, *La noltagie dans l'oeuvre poétique d'Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 31.

(220) P. van TIEGHEM, *Musset*, ed. cit., pág. 27.

(221) A. de MUSSET, “Carta a Madame Jaubert, de 22 de octubre de 1837”, en *Correspondance*, ed. cit., tomo I, pág. 224.

(222) M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 235.

Este hecho no lo mencionan otros biógrafos de Musset como Lestringant o Toesca, mientras que Charpentier indica que no hay certeza respecto a que se confesara poco antes de su muerte (J. CHARPENTIER, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 279). Toesca, en cambio, le atribuye que, en su última enfermedad, seis días antes de su muerte, entre grave y cínico, le pidió a Adele Colin que rezara por él: “Tu sabes rezar” (M. TOESCA, *Vie d'Alfred de Musset...*, ed. cit., pág. 389). En el relato de Adèle Colin no se aprecia el cinismo (Mme. MARTELLET (Adèle COLIN), *Alfred de Musset intime*, ed. cit., pág. 172). Según el testimonio de Houssaye, Musset, poco antes de su muerte, le había dicho que no creía en el otro mundo (Arsène HOUSSAYE, *Les confessions. Souvenirs d'un demi-siècle. 1830-1880*, E. Dentu, París, 1885, tomo IV, pág. 319).

promesas que había hecho a sor Marcelina en el tiempo que le cuidó durante su enfermedad en 1840 (223), que aunque ignoremos cuales eran, es factible suponer que tenían que ser de orden espiritual. Con todo, no existe la certeza, sin duda alguna, de esta confesión que testimonió, indirectamente, la vizcondesa de Janzé (224), aunque Adèle Colin no menciona que se llamara a ningún sacerdote (225). Allem se inclina a creerlo, mientras que Séché consideró que Musset quiso confesarse con el P. Ravignan, pero no se le avisó (226).

El gran crítico que fue Thibaudet escribió de Musset algo terrible: “es el único gran poeta del siglo XIX al que nada, absolutamente nada, permite llamarle un gran hombre y que (...) no ha dejado nada, absolutamente nada, de un testimonio. O como se dice, de un mensaje” (227). En cuanto a esto último, dejó un mensaje, pero carente de valor, cuando no pernicioso.

Sin duda el ambiente más próximo en el que se movió en su juventud, las amistades y el género de vida influyeron en la pérdida de la fe. La temprana edad a la que dejó de creer impide pensar que ese abandono pudiera haber sido meditado y razonado y no una decisión infantil a la moda; más que de vicios de la inteligencia, se trató de vicios de la voluntad. El despertar de la sensualidad, las tentaciones carnales a las que se abandonó, contribuyeron a cegar su inteligencia. En cuanto a su anticatolicismo, quizá fue la reacción frente a una doctrina que reprobaba su conducta, pues no había motivo, ni personal ni social para ello.

Hedouville da por buena la versión de Allem e indica, en mi opinión exageradamente, que no debe extrañar “este retorno a Dios” “en un poeta que lo había buscado y rogado ansiosamente” (M. de HEDOUVILLE, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 135).

(223) P. de MUSSET, *Biographie de Alfred de Musset...*, ed. cit., pág. 251.

(224) Vizcondesa de JANZÉ, *Étude et Récits sur Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 138.

(225) Mme. MARTELLET (Adèle COLIN), *Alfred de Musset intime*, ed. cit. pág. 176-185.

(226) L. SÉCHÉ, *Alfred de Musset*, vol. I, *L'Homme et l'œuvre. Les camarades*, ed. cit., pág. 355.

Esta opinión fue posteriormente modificada al decir que murió cristianamente, en el prólogo de su edición de las *Oeuvres complètes d'Alfred de Musset*, volumen que no he podido consultar. La noticia en M. ALLEM, *Alfred de Musset*, ed. cit., pág. 235.

(227) Albert THIBAUDET, *Histoire de la Littérature Française de 1789 à nos jours*, Stock, París, 1936, pág. 218.

Muset en ningún momento expresó los motivos de esa aversión ni argumentó su incredulidad como hicieron otros enemigos de la Iglesia, como Vigny (228), Michelet (229), Quinet (230) o Renan (231). Cabe pensar que si la mala vida, accidental y no sustancial, unida a la humildad y al arrepentimiento, son compatibles con la fe, fueron necesarias, además, unas grandes dosis de orgullo y de soberbia para rechazar cualquier norma y pretender erguirse por encima de ellas.

(228) Estanislao CANTERO, "Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Alfred de Vigny", Verbo, núm. 455-456, mayo-junio-julio 2007, págs. 485-514.

(229) E. CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Jules Michelet", Verbo núm. 437-438, agosto-septiembre-octubre 2005, págs. 641-659.

(230) E. CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Edgar Quinet", Verbo núm. 457-458, agosto-septiembre-octubre 2007, págs. 591-620

(231) E. CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Ernest Renan", Verbo núm. 447-448, agosto-septiembre-octubre 2006, págs. 557-592.